

El Evangelio. La historia de un periódico rebelde que luchó en 1901 por la credibilidad del periodismo

El Evangelio: The story of a rebel paper that fought for journalism's credibility in 1901

Miguel Ángel del Arco Bravo. Universidad Carlos III

Recibido: 31-I-2014 - Aceptado: 27-IX-2014

Resumen:

Un periódico madrileño de principios de siglo XX sorprendió por su nombre, *El Evangelio*, cuando era claramente anticlerical, y por denunciar la corrupción y el amiguismo de los ministros de la restauración borbónica. Además apostaba por el ejercicio del buen periodismo, el que debe estar bien escrito, evitar la propaganda y vigilar el buen gobierno. En su corta vida, apenas dos años entre 1901 y 1902, sufrió denuncias y persecuciones. En este artículo se estudian los ejemplares que se conservan en la Biblioteca Nacional y la Hemeroteca Municipal de Madrid, se analiza su estilo, su estructura y sus temáticas. El examen de sus páginas, firmas y secciones nos muestra cómo era el periodismo español de aquel tiempo y en qué se parece al que se hace en la actualidad.

Palabras clave:

Periodismo, política, anticlericalismo, prensa gratuita, independencia, rigor, fin de siglo.

Abstract:

In the early 20th century, a visibly anticlerical newspaper in Madrid, dedicated to reporting on the corruption and cronyism of the ministers of the Borbon Restoration, surprised with its name: 'El Evangelio'. 'El Evangelio' was a newspaper that opted for the practice of good journalism, the avoidance of propaganda, and scrutinized the implementation of good governance. During its short life, the two years of 1901 and 1902, it was the target of accusations and persecution. This article is based on the analysis of the copies stored at the National Library and the Madrid Newspaper Library, and discusses the style, structure and subject range of the publication. The examination of its pages, signatures and sections reveals the character of the Spanish journalism of the era, and its similarities with contemporary journalism.

Keywords:

Journalism, politics, anticlericalism, free newspapers, independence, exactitude, fin-de-siècle.

1. Introducción: la prensa del fin de siglo

El 22 de abril de 1901 los voceadores de periódicos de la madrileña Puerta del Sol anunciaban alborozados la salida de uno nuevo. Tenía un nombre curioso, llamativo, y desde luego sorprendente: *El Evangelio*. Su lema tampoco dejaba indiferente a nadie: “independencia y verdad”. Coincidió con un momento de abundancia de cabeceras y con el periodismo español en plena transformación. Se empezaba a profesionalizar pero con gran precariedad, la prensa ideológica evolucionaba hacia la prensa de empresa, el periodismo de opinión se transformaba en periodismo de información. Al mismo tiempo el país pasaba un momento de desgaste político, tras el desastre colonial. El turnismo en el gobierno entre conservadores y liberales, es decir, Canovas y Sagasta, llevaba el descrédito a la política y a los periódicos alineados con uno u otro partido, envueltos por tanto en un considerable desprestigio.

La clasificación de la prensa de los alrededores de 1900 que hace Gómez Aparicio (1971: 129) desde el punto de vista ideológico, es la siguiente:

“*El País*, republicano, *El Progreso*, republicano, *La Época*, conservador, *El Diario Español*, indefinido, *La Correspondencia de España*, independiente, *La Publicidad*, indefinido, *El Imparcial*, liberal independiente, *El Siglo Futuro*, integrista, *El Globo*, liberal demócrata, *El Liberal*, republicano, *El Día*, independiente, *El Correo*, dusionista, *El Resumen*, demócrata, *El Correo Español*, carlista, *Heraldo de Madrid*, canalejista, *Las Noticias*, indefinido, *El Tiempo*, silvelista, *El Nacional*, romero-robledista, *Los Debates*, independiente”¹.

Nos da una idea, independientemente de su tendencia, del gran número de cabeceras que se publicaban en Madrid, a la que se venía a sumar el periódico recién nacido. Podemos considerar que eran periódicos convencionales, de distribución nacional y de regular tirada: *El País*, *El Globo*, *El Progreso*, *España*, *La Correspondencia de España*, *El Gráfico*, *El Liberal*, *El Heraldo de Madrid* y *El Imparcial*. Periódicos radicales *Don Quijote*, *El Evangelio*, *La Democracia Social* y *Germinal*. Junto a estas cabeceras, se publicaban revistas y semanarios, como *Vida Nueva*, *La Vida Literaria*, *Gedeón*, *Alma Española*, *El Motín*, *La Anarquía Literaria*, *Revista Nueva* o *Madrid Cómico*.

Se podría hablar de “incontables títulos”, como afirma Gómez Aparicio y certifican él mismo y expertos como Pilar Celma, Germán Bleiberg o María Cruz Seoane². Un gran número de cabeceras que contribuyeron a conformar la Edad de Oro del periodismo español. Porque hubo muchas más de las nombradas, que aparecían y desaparecían y cuyos títulos conocemos a veces por testimonios memorialísticos, ya que apenas se conservan ejemplares de muchas de ellas: *La Caricatura*, *El Murciélagos*, *La Publicidad*, *El Eco de la Fusión*, *El Resumen*, *El Fusil*, *La Campaña*, *Por Esos Mundos*, *El Escándalo*, *El Ra-*

¹ Pedro Gómez Aparicio clasifica a los periódicos en su *Historia del periodismo español* de una manera un tanto simplificada y maniquea, pero es la base de de todos los manuales y estudios.

² Algunos de los principales autores que se han ocupado de la prensa española de principios del siglo XX.

dical, La Protesta, El Intransigente, El Siglo Futuro, La Lectura, El Nuevo Mercurio, Revista Ibérica, La República de las Letras, Sophia, La Revista Moderna, Hojas Selectas...

El Contexto histórico nos muestra el escenario de la España de la restauración borbónica y la regencia de la reina Maria Cristina en la minoría de edad de Alfonso XIII. Hay un sistema de turnos por el que los dos grandes partidos, el liberal y el conservador, liderados por Sagasta y Cánovas, se alternan en el gobierno, lo que crea insatisfacción y provoca protestas en el resto de los partidos, sobre todo los republicanos. También los intelectuales se movilizan, critican el poder y señalan a la corrupción política, el caciquismo y la oligarquía, como los mayores problemas de la nación. Todos señalan la necesidad de una regeneración política y social.

El desastre del 98 y el fracaso de la política exterior envuelven a la ciudadanía en un aire deprimido y antimilitar. La política social lleva a España a la pobreza y al atraso con respecto a Europa. Hay un crecimiento, y cierta modernización, de las grandes ciudades, principalmente Madrid, pero esa transformación no hace sino aumentar las brechas sociales, dado el nacimiento de nuevos suburbios con la llegada de emigrados del mundo rural

En el mundo de la cultura se produce la llegada de una llamada Gente Nueva, modernista, que quiere cambiar el panorama literario. Y el mundo del periodismo está en plena transformación, con el paso de la prensa ideológica a la de empresa y la llegada de las nuevas rotativas que posibilita mayores tiradas.

En ese ambiente político y social desolado, de múltiples cabeceras, a pesar del alto índice de analfabetismo que se daba en España, nace *El Evangelio*, dispuesto a reflejar lo que pasa.

2. Objetivos y metodología

Este artículo pretende descubrir el papel que jugó un periódico como *El Evangelio* en medio de tantas publicaciones, en aquel periodismo incipiente, poco profesionalizado y muy dependiente de las clases pudientes o los partidos políticos que lo financiaba. Para ello se estudian aquí los ejemplares que se han conservado y se examinan sus contenidos y su estructura.

Se han consultado para este artículo los diez primeros números, y dos especiales de abril y mayo de 1902, conservados en la Hemeroteca Municipal de Madrid. Así mismo se han examinado los cincuenta números microfilmados de la Hemeroteca de la Biblioteca Nacional, publicados entre el 18 de junio de 1901 y el 1 de julio de 1902.

Un análisis de contenido cualitativo evalúa su diseño, estructuras y sus contenidos, sus textos y sus intenciones, sus firmas y sus maneras de expresarse. El reto es conocer qué aportó y qué representó en la prensa española de fin de siglo.

Que un periódico menor como veremos, sin otra fuerza que el entusiasmo de sus periodistas, llegara pretendiendo predicar la verdad y reivindicar el periodismo bien hecho, como anunciaba desde su primer número, indica su osadía por un

lado y por otro el grado de credibilidad que tenía la prensa. Unos periódicos además de numerosos, muy leídos a pesar del alto grado de analfabetismo de la población española en aquellos años.

El Evangelio salía dos días a la semana, estaba compuesto por cuatro páginas de noticias cortas, con una tipografía sencilla y un lenguaje contundente. Cada una de las caras, dividida en tres columnas. La portada del primer número la componían seis textos que atendían a otras tantas novedades y planteamientos. Todos tenían títulos cortos, directos, sencillos y con aspiración de resultar informativos: ‘Nuestro título’; ‘A nuestros lectores’; ‘Las ideas y los hombres’; ‘El rey y el pueblo’; ‘Menos farsa y más religión’; ‘La cigarra y la hormiga’. Estas eran sus propuestas, con las que realizaba su carta de presentación y mostraba sus basamentos periodísticos.

Afirmaba nacer con dos ideas principales, defender el periodismo y combatir la corrupción política. Esta era aspiración de todos los periódicos, jóvenes y viejos, generalistas y hojas volanderas, críticos todos con la realidad de España. Aquella constituía toda una novedad: Ninguno hasta entonces había tomado la bandera, y menos teórica, de predicar el ejercicio del buen periodismo. Los diarios de aquellos años defendían a los gobernantes o los atacaban, denunciaban la mala gestión de la guerra de Cuba y Filipinas o mostraban la miseria del país pero ninguno hacía teoría del periodismo. *El Evangelio* optó desde el primer momento por denunciar los malos hábitos de los gobernantes y también los de la prensa. Se presentó como una de las apuestas más radicales de aquellos momentos, junto con *El Motín* y *El Fusil*, si bien tenía mayor aspiración de periódico.

3. Crítico, anticlerical, independiente y gratuito

En cada número recogía, desde la opinión, las noticias o los reportajes, al principio la mayoría sin firma, el ambiente de desilusión que vivía el país tras el desastre del 98, en plena Restauración, en la Regencia de María Cristina. Duró poco, como otros muchos proyectos que aparecían y desaparecían en aquel principio del siglo XX. Aunque en su caso llegó a cumplir, aunque con varios paréntesis causados por cierres y prohibiciones, sus dos años. Bisemanal, salía todos los viernes, el otro día podía variar, y se distribuyó en un principio de manera gratuita. Se mostraba claramente anticlerical a pesar de su nombre, y afirmaba nacer comprometido con un carácter irrenunciable: “Independencia y Verdad”.

Ese primer número, del 22 de abril, al dirigirse a sus lectores explicaba sus motivos y aspiraciones en un breve comentario, sin firma, de apenas trece líneas, titulado precisamente “Nuestro título”:

“Cansados de ver la verdad atropellada a diario y de que la mayor parte de los periódicos sean órganos de tal o de cual personaje, venimos a satisfacer una necesidad generalmente sentida: a decir la verdad. La verdad en política, en arte, en literatura en religión, en todo cuanto se refiera a la vida nacional. Por eso titulamos nuestro periódico *El Evangelio*”³.

³ Declaración de principios en la portada del primer número: en la columna de la izquierda.

En cuanto a la declaración de intenciones y el compromiso que adquiriría con sus lectores desde ese primer momento, bajo el título “A nuestros lectores”, declaraba en doce líneas:

“Este periódico no se vende, y en sus columnas encontrarán amparo gratuito y desinteresado cuantos sufran persecuciones de los que se llaman ‘hombres de Estado’. Las inmoralidades de la administración pública, los atropellos gubernativos, los errores judiciales, los fariseísmos religiosos: todo lo que constituyan llagas sociales, hallará en este periódico el cauterio saludable, y si el cauterio no basta, procedimientos quirúrgicos más radicales. Somos del público y al público le pedimos que nos ayude a defender la verdad”.

Según su planteamiento, estaba hecho por gente cansada de la situación política y social española, de las verdades fingidas y de los medios vendidos. Por esa razón afirmaban empeñarse en buscar y decir la verdad. Era el primer periódico, no libelo, que no costaba nada, y en el tercer número, de 3 de mayo, explicaban por qué:

“Este periódico es la protesta contra todo lo podrido, contra todo lo prostituido y el misterio de repartirse gratis es el siguiente: una persona que está cansada de los fariseísmos políticos, sociales y religiosos quiere darse el gustazo de decir unas cuantas verdades y, aunque le cuesten caras, las dice”⁴.

En el primer número, en un artículo también sin firma, titulado ‘Las ideas y los hombres’, revelaba su radicalidad y compromiso, pero más con los hombres que con las ideas. El argumento utilizado era que tras un siglo de discutir ideas, nada se había sacado de beneficio para España:

“Las ideas están ya suficientemente discutidas, y nosotros ofrecemos a nuestros lectores no cansarles inútilmente con monsergas... Hay que discutir a las personas y los procedimientos. Nada de discutir monarquías, repúblicas, reacciones y democracias; nada de combatir o de defender a los hombres por lo que representan. Es necesario defender o combatir a los hombres por lo que sean; por honrados o por canallas, por íntegros o por ladrones; por injustos o por justicieros; por valientes o por cobardes”.

En su útil ensayo sobre la prensa madrileña, se ocupa de *El Evangelio* Augusto Martínez Olmedilla (1965: 178) si bien junto a sus puntos de vista, datos y certezas derrama ciertas inexactitudes:

“*El Evangelio* comenzó a publicarse en Madrid el año 1903 y pronto llamó la atención del público por su intención política, corrección literaria e interés general. Ningún artículo iba firmado. Ofrecía una modalidad curiosa, y fue que los cuatro primeros números se repartían gratis en paseos, cafés, teatros y casinos madrileños. Como tuvo numerosos lectores desde el primer día, al ponerle precio desde el 5º (diez céntimos) tuvo copiosísima venta. La gente se preguntaba qué plumas tan bien cortadas eran las creadoras del interesante hebdomadario”.

⁴ En la portada del número 3, mayo de 1901, y afirma el texto expresarse así en respuesta a “unos cuantos canallas, de esos que ni dan la cara ni exponen el corazón, andan calumniando por ahí que *El Evangelio* está vendido”.

Hemos de señalar que no fue 1903 el año de su nacimiento, sino el 1901; que se repartió gratis hasta el número diez, y no hasta el cuatro, y que muchos artículos sí iban firmados, sobre todo a partir de la segunda época. En algunos casos la firma se limitaba a un nombre propio, Leopoldo, o Luis, los nombres de sus hacedores, como veremos más adelante. Efectivamente, se puede coincidir con Martínez Olmedilla en que estaba muy bien escrito, y en que además era agresivo y desgarrado. También habría que redundar en que acostumbraba a ser especialmente crítico con la propia prensa, a la que, en general, consideraba “vendida” o “encasillada”. Y hacía gala de su independencia.

El 2 de febrero de 1902 escribía A. De Santa Clara, el seudónimo de Ernesto Bark⁵, un artículo crítico como todos los suyos, titulado ‘Por el pueblo’, en el que se extrañaba de que ni socialistas ni anarquistas hicieran nada por la creación de las casas del pueblo que auspiciaba la Sociedad de Libre Pensamiento de Madrid. Con esa crítica confirmaba el periódico sus intenciones de independencia, expuestas en el nº 3, del 4 de mayo de 1901: “El público se convencerá de ello (que es independiente, que dice la verdad, que no se vende), al ver que lo mismo ataca a monárquicos que a republicanos, a jesuitas que a ateos, a lo divino que a lo humano”.

En la Hemeroteca Municipal de Madrid se conservan los diez primeros números, los publicados entre el 22 de abril de 1901 y el 18 de junio de 1901. Se encuentran también en ese lugar dos números especiales, de tamaño tabloide, uno fechado el 4 de abril de 1902 y una edición especial, de 8 páginas, con motivo del 1 de mayo. En el primero se pueden leer las firmas de Manuel Bueno, Ignacio de Santillán, Manuel Ciges Aparicio, Leopoldo Romero, Ricardo Catarineau, Ramiro de Maeztu... Algunos de los más destacados periodistas y escritores de la generación del 98. En el segundo estaban también casi todos los grandes nombres del periodismo, incluso de medios de la competencia, y de la política: Miguel Moya, Mariano de Cavia, Luis Morote, Manuel Troyano, Melquíades Álvarez, José Riquelme, Cristóbal de Castro, Adolfo Suárez de Figueroa, Eduardo Dato, Julio Burell, Ernesto Bark, Ciges Aparicio, Manuel Bueno, Alejandro Lerroux, Alberto Aguilera, Jacinto Benavente, Verdes Montenegro, Martínez Sierra o Francos Rodríguez, entre otros. Ello indica su capacidad de convocatoria y aspiración de periódico precisamente no marginal.

En la Hemeroteca de la Biblioteca Nacional se conservan microfilmados buena parte de los ejemplares de la segunda época, desde junio de 1901, sin que exista una explicación lógica que no estén todos reunidos en el mismo lugar.

En septiembre de 1901, tras apenas cuatro meses en la calle, el periódico inició una segunda etapa con algunas novedades tipográficas y de contenido, aunque el estilo seguía siendo igual de directo y atrevido, los títulos igual de contundentes e informativos y empezó a publicarse los jueves y los domingos. Pasó a utilizar cinco columnas, incorporó el subtítulo “Libertad, independencia y descentralización” y anunciaba en sus páginas la colaboración de nombres importantes, ya consagrados en el periodismo y la literatura, como Joaquín Dicenta, José Nakens o Julio Burell, pero también alguno de los

⁵ Periodista y escritor polaco afincado en España, amigo de Valle Inclán, colaborador e impulsor de diversos medios y autor de obras importantes, como su *Estadística Social*, para conocer la España de los alrededores de 1900.

de la llamada Gente Vieja, como Juan Valera, Emilia Pardo Bazán o Núñez de Arce, enemigos generacionales y políticos de la Gente Nueva a la que pertenecerían la mayoría de los colaboradores de *El Evangelio*. El bachiller Canta-Claro (el seudónimo de Cristóbal de Castro) era entonces el personaje más conocido y activo del periódico, el que se encarga de conseguir las colaboraciones de los consagrados y el que más veces firmaba.

En enero de 1902 publican otro número extraordinario, con firmas tan reconocidas y seguidas entonces como Joaquín Dicienta, Pío Baroja, Antonio Palomero, Joaquín Costa, Ramiro de Maeztu o el mencionado Cristóbal de Castro, en esta ocasión con su propio nombre, sin utilizar ninguno de sus seudónimos.

4. Hecho por cuatro jóvenes de indiscutible talento

El director era Leopoldo Romero, conocido también por su seudónimo, *Juan de Aragón*, un joven periodista aragonés, director luego del periódico vespertino, y potente, *La Correspondencia Española*, y antes del satírico *El Disloque* (1899-1900). Junto a él, tres periodistas emergentes, cuyas firmas pronto se harían célebres: Cristóbal de Castro, que utilizaba indistintamente seudónimos como *Zacarias de Uceda*, *Santiago Genil* o *Canta Claro*, Luis de Tapia e Ignacio de Santillán. También pertenecerían desde los primeros momentos a la redacción Agustín R. Bonnat y Manuel Delgado Barreto, nombres de prestigiosos periodistas radicales e irreverentes.

Gómez Aparicio en su *Historia del Periodismo* (1971: 137) además de destacar su anticlericalismo, desconfía de su financiación, de suerte que llega a afirmar que los que hacían el periódico “no parecían disponer de suficientes recursos para semejante despilfarro: se trataba de cuatro jóvenes de indiscutible talento, pero de limitados medios económicos, a los que esperaba un brillante porvenir en la prensa”.

Una breve mirada a las biografías de los cuatro jóvenes periodistas nos puede dar una idea de su importancia, de sus posibilidades y del periódico que se empeñaron en hacer en 1901.

Leopoldo Romero, *Juan de Aragón*, tenía entonces 31 años. Aragonés, de ahí el homenaje con su seudónimo, y liberal, tenía una pluma tan ágil como contundente. Aunque estudió Derecho y Filosofía y Letras, desde muy joven se dedicó al periodismo y llegó a ser una figura importante, respetada y admirada tanto por los políticos como por los periodistas. Tras poner en marcha *El Evangelio*, fue el encargado de modernizar y relanzar *La Correspondencia Española* y fundaría el diario *Informaciones*, por nombrar solo tres proyectos periodísticos de altura de los que fue responsable.

Además fue corresponsal en España del *Daily Telegraph* inglés y de *Le Temps* francés; cubrió como cronista la guerra de Marruecos y la Conferencia de La Haya. Llegaría a ser diputado en 1907, 1910 y 1914.

Sobre Leopoldo Romero escribió Arturo Mori (1943: 62) para decir que se trataba de un periodista formidable “que no se parecía a ninguno” e ilustrar así su perfil: “por mucho que fuese su contacto con políticos y gobernantes, el periodismo pudo con él más que cualquier ambición de poder”.

También lo hizo, aunque en un tono de menor admiración que Mori, el periodista Eduardo Mendaro en sus memorias (1958: 69). Y en un artículo de ABC, el 28 de agosto de 1955 lo pinta así: “Leopoldo Romero, director de La Correspondencia, el periódico más leído de la noche, hombre simpático de procedimientos audaces, lo mismo en sus mocedades de guerrilleo periodístico dirigiendo el semanario *El Evangelio* que en ocasión de ocupar el Gobierno Civil de Madrid”.

Luis de Tapia tenía 30 años cuando se embarcó en el proyecto de *El Evangelio*. A él Arturo Mori lo llama (1943: 102) “el Marcial del periodismo” y dice de él “ningún coplero ha durado tanto y con tan plena satisfacción en las masas como Luis de Tapia... Es revolucionario y al mismo tiempo burgués, a diario escribe unas coplas que levantan ampollas”. Madrileño, estudio Derecho e Ingeniería, pero también se dedicó pronto al periodismo. Precisamente en *El Evangelio*, se hicieron muy populares sus salmos, poesías breves, en las que analizaba en tono satírico la actualidad. Colaboró en la mayoría de las publicaciones de los primeros años del siglo XX: *El Gato Negro*, *Nuevo Mundo*, *El Imparcial* o *Madrid Cómico*. Había pocos escritores tan populares como Luis de Tapia, y su firma aparecía en los principales periódicos españoles y en algunos de América.

José Esteban recuerda (2004)⁶ que Galdós prologó el libro de Luis de Tapia titulado ‘Bombones y Caramelos’ en 1911, y en él escribía: “Ocho años ha, si mal no recuerdo, el soberano cronista Mariano de Cavia trazó el perfil crítico de un poeta de inspiración risueña, de estilo picante y frescachón.... Era Luis de Tapia, un joven que por aquellos días nos dio recopilados los Salmos, que publicara en *El Evangelio*, composiciones breves, epigramáticas...” Y añade que Dionisio Pérez, maestro de periodistas, le consideraba como el más caracterizado representante del puro y neto ingenio español. “Quedará en nuestra literatura, dice, como el documento más completo del casticismo español”.

Esteban apunta unos detalles que ilustran la personalidad del periodista: “En 1923, fue elegido secretario primero del Ateneo de Madrid, coincidiendo con la llegada de la dictadura de Primo de Rivera. En la llamada Docta Casa, desde su cargo en la Junta Directiva, mantuvo con valentía y entereza la libertad de expresión y de cátedra, lo que le llevó a la cárcel Modelo”. Y añade que para Pérez de Ayala, Luis de Tapia, “burla burlando, venía desde hace años poniendo en verso la historia política de España y la historia social, porque en su dilatada obra las costumbres con temporáneas están cristalizadas en breves y brillantes granos de sal ática, la sal que preserva de la corrupción”.

De ahí que los primeros textos firmados en el *Evangelio* aparecen, unos con el nombre de Leopoldo y otros con el de Luis.

⁶ En una semblanza que le hace como autor republicano en la web de Izquierda Republicana, documento 53, de febrero de 2004.

Cristóbal de Castro era el más joven de los cuatro, ya que apenas tenía 25 años cuando inició su apasionada aventura con *El Evangelio*. Llegaría a ser uno de los periodistas y escritores de más fama, tanto por los periódicos donde escribió, los círculos intelectuales que frecuentó y el hecho de ser el primer corresponsal en Rusia de *La Correspondencia de España*, si bien este extremo le trajo alguna controversia, ya que hubo quien dudó de su viaje al Este. En todo caso, prueba de su significación es que era habitual del grupo de la llamada Gente Nueva, y de quienes formarían nada menos que la Generación del 98, así que escribió con frecuencia en una de sus revistas, *Electra*.

Otras muestra de su importancia es que Baroja lo incluye en su particular *hit parade* de escritores emergentes de fin de siglo. El novelista vasco cuenta en sus memorias (2006: 186) que a su llegada a Madrid, en 1899, se fijó en los autores que destacaban entonces, y escribió:

“si tuviera que hacer el padrón de escritores que empezaban a tener fama entonces, por orden de importancia en su tiempo, sería así: Benavente, Dicenta, Bonafoux, Burell, Navarro Ledesma, Luis Morote, López Ballesteros, Gómez Carrillo, Unamuno, Valle-Inclán, Silverio Lanza, *Fray Candil* (Emilio Bobadilla) Alejandro Sawa, Manuel Bueno, Azorín, Maeztu, Cristóbal de Castro, Luis Bello y Antonio Palomero”.

Una lista, como se ve, cumplida y de altura, y en la que mezcla a modernistas, noventayochistas y bohemios con periodistas. No parece que sean malos compañeros de viaje. De Castro formó parte, por méritos propios, de la llamada Edad de Oro del periodismo, que produjo, junto a la Edad de Plata de la literatura, una gran cosecha de nombres señeros los periodistas que ejercieron, los que inventaron, los que abrieron camino, los que pusieron las bases literarias de la profesión en ese tiempo dorado a caballo entre los siglos XIX y XX. Son de obligada cita, como referencia y como ejemplo, los nombres de Mariano de Cavia, Julio Burell, Alfredo Vicenti, Miguel Moya, José Francos Rodríguez, Roberto Castrovido, José Gutiérrez Abascal, Azorín, Edmundo González Blanco, Luis Taboada, Ricardo Fuente, José Nakens... ellos dieron lustre a un oficio que empezaba y modernizaron el periodismo. Entre ellos estaba Cristóbal de Castro.

Dice Manuel Galeote (2006: 215) que Cristóbal de Castro acudía diariamente al Ateneo de Madrid, donde frecuentaba el trato del maestro Joaquín Costa, “para quien el futuro de la intelectualidad española tendría que contar con Cristóbal de Castro, Roberto Castrovido, Jose Ortega y Gasset y Ramiro de Maeztu”.

Ignacio de Santillán fue el redactor y principal animador en la primea época de *El Evangelio*, y el director y propietario en la segunda y última. También formó parte de las principales redacciones y se codeó con la flor y nata de esa edad de Oro del periodismo. Antes de comprometerse con esta aventura fue miembro del grupo de redactores del diario republicano *El País*, y después, también. Vivió un episodio singular, aunque bastante habitual durante aquellos años: fue padrino de Blasco Ibáñez, junto a otro importante periodista de la época Luis Morote, en el duelo que aquel tuvo con el político, diputado, editor de prensa y antiguo correligionario y amigo Rodrigo Soriano. El encuentro a pistola fue en una finca del madrileño barrio de Hortaleza, el 13 de julio de 1903. Parece que llovía copiosamente y ambos salieron ilesos después de dispararse.

El propio Leopoldo Romero tuvo varios duelos a cuenta de la publicación de algún texto ruidoso y apasionado en *El Evangelio*. Incluso sufrió más de un atentado como referiremos más adelante.

5. Dos etapas

Las pinceladas anteriores sirvan para ilustrar la categoría, la consideración, la biografía y las relaciones de los cuatro periodistas que se embarcaron en sacar a la calle un periódico como *El Evangelio*. Bien relacionados, osados, rebeldes y con algunas ideas claras sobre periodismo.

Como afirma Gómez Aparicio⁷, no se supo muy bien quien sufragaba la empresa, aparte de esas referencias personales hechas en el primer número, en el que se hace mención de la persona que quiere darse “el gustazo” de decir unas cuantas verdades y decirlas aunque le resulten caras. Lo comprobado es que tuvo una gran acogida, de tal suerte que se formaban grandes colas ante los puestos de los repartidores. Acaso por su atractivo, por su osadía, por lo bien escrito que estaba o por el hecho de repartirse de manera gratuita.

Sin embargo fueron incapaces de mantener esa apuesta: solo pudieron aguantar hasta el noveno número y la anónima persona de la que hablaban en el primero tuvo que empezar a dejar de darse el tal “gustazo”. El propio periódico lo explicaba, mejor dicho, lo confesaba, en sus páginas, lo que al mismo tiempo nos da alguna pista sobre su financiación: “Llevamos publicados nueve números, repartidos 50.000 ejemplares, lo que supone un gasto considerable que no podríamos soportar”. Así lo argumentaban, en ese número 9, del 11 de junio, al tiempo que hacían de la necesidad virtud:

“Queremos remediar en lo que podamos la gran miseria reinante, y para conseguirlo venderemos el periódico desde el próximo número, dando a los pobres vendedores 25 números por un real. De este modo daremos de comer a no pocos desvalidos y evitaremos también la mala fe, pues son muchos los miles de Evangelios que, a pesar de nuestra vigilancia, se venden por las calles”.

Dado que se empezó a vender a cinco céntimos, quiere decirse que los vendedores podían sacar por cada ejemplar cuatro céntimos de ganancia, lo habla de la generosidad de los gestores del periódico.

Gómez Aparicio (1967: 138) afirma que tenían repartidos los roles, “Romeo y Santillán volcaban en sus páginas el acre etilo –más vinagre que azúcar– que les caracterizaba; Castro la desenvuelta crítica que hacia esperar su seudónimo ‘El Bachiller Canta-claro’ y Tapia, la punzante ironía de sus ‘Noticias en huelga’”.

Tal vez por ese y otros comentarios López Ruiz (2006: 298) lo incluye en su listado de la Prensa festiva, en su libro ‘Un siglo de risas’, donde reúne cien años de prensa de humor en España. En el breve espacio reservado a *El Evangelio*, además de

⁷ El historiador del periodismo presta una atención marginal al periódico, si bien da trascendencia a su existencia y concede importancia a sus colaboradores.

indicar precio y dirección de la redacción, calle los Madrazo, número 14, sin distinguir categorías ni roles, muestra como fundadores-redactores a Leopoldo Romero, Cristóbal de Castro y Luis de Tapia.

Reapareció e inició su segunda etapa tras el prolongado cierre con el título de *El Nuevo Evangelio*, pero ya no fue lo mismo. Según Gómez Aparicio porque sus redactores encontraron salidas profesionales más estables. Aunque no fuera esa la única razón, es verdad que cuando Leopoldo Romero se fue a dirigir *La Correspondencia de España* se llevó con él a Cristóbal de Castro, que se convirtió en corresponsal en Rusia. A su vuelta, Cristóbal de Castro empezó a trabajar como redactor jefe del periódico republicano *España Nueva*, en 1910, y allí se llevaría a Luis de Tapia y a Ignacio de Santillán, los otros dos pioneros del periódico comprometido con la verdad. Casi todos ellos se encontrarían más tarde en el periódico *El Radical*, con otros compañeros de viaje bohemios y periodistas, como Joaquín Dicenta.

El 21 de julio de 1902 salió a la calle El Nuevo Evangelio, es decir, la segunda época de *El Evangelio*, subtulado “Periódico bisemanal republicano”. Abría la edición con un artículo, titulado a la manera de Fray Luis de León, “Decíamos ayer...”, en el que se podía leer su nueva filosofía, que era la misma que la de su hermano anterior, pero con algunos pequeños cambios de paternidad:

“Enemigos de la hueca palabrería, que *El Evangelio* ha muerto por expresa sentencia e inapelable mandato de su fundador, Leopoldo Romeo, y viene a sustituirle El Nuevo Evangelio, radical e independiente como aquel, aunque con el carácter republicano que le imprime su director y propietario, Ignacio de Santillán”.

Y avisa que estará, “como el anterior, al lado de los débiles y los explotados”. Afirma que se declara republicano, “porque pensamos, como el ilustre Joaquín Costa, que ser rebeldes y enemigos de este régimen es ser patriotas y españoles”.

En ese mismo número⁸ anuncia los nombres de quienes serán los colaboradores. Y se puede comprobar que constituyen la flor y nata de la intelectualidad, el periodismo y la literatura: Joaquín Costa, José Nakens, Octavio Picón, Luis Morote, Mariano de Cavia, Antonio Palomero, Joaquín Dicenta, Cristóbal de Castro, Manuel Bueno, Vicente Blasco Ibáñez, Roberto Castrovido, José Cintora, los hermanos Álvarez Quintero, Luis Paris, Alejandro Lerroux, Félix Méndez y *Fabián Vidal* (Enrique Fajardo) entre otros.

Pero a pesar del ramillete de nombres no duró mucho la nueva etapa. El 15 de octubre de 1902 se unieron las empresas *La Prensa de Madrid* y *El Nuevo Evangelio*. Ello hace que apareciera un nuevo diario, que se llamaba *La Tarde*, desde el miércoles, 21 de octubre. Sin embargo, durante un breve tiempo se siguió publicando *El Nuevo Evangelio*.

⁸ Microfilmado en la Hemeroteca de la Biblioteca Nacional.

6. Un observatorio de la prensa

Fue el primer periódico que hizo un seguimiento amplio de la prensa del momento, de sus cabeceras, de sus propietarios y de sus periodistas. Independientemente de su postura ideológica y estética, apuntó datos y hechos objetivos. En su apuesta por el buen periodismo señaló los defectos de la prensa de la época. En una suerte de autocritica no bien entendida a veces por sus colegas, denunció igual las malas prácticas de los gobernantes que las malas artes de los periódicos. De modo que por *El Evangelio* podemos conocer hoy cómo eran los periódicos madrileños de los primeros años del siglo XX, pero también cuales eran sus rutinas, y cómo estaba la situación de la profesión periodística. Es decir, por él podemos saber hoy tanto qué se cobraba por cada colaboración o los sueldos de los redactores en una profesión incipiente como el estado de la libertad de expresión.

La historia y sus estudiosos nos dicen que entonces, entre los últimos años del siglo XIX y los primeros del XX, se hacía un periodismo bohemio y desarrapado, con mucho de improvisación, de oficio de pícaros y de poco sentido de la organización, la previsión y la profesionalización. Lo demuestran tanto Pedro Gómez Aparicio (1967) como Seoane y Sainz (1996), en sus Historias del periodismo en España, donde cuentan cómo los periódicos en ocasiones torcían hasta la paradoja el ejercicio de la prensa o cómo los periodistas aspiraban a un puesto en la política, con lo que utilizaban la prensa como trampolín.

Aportación tan singular para estudiar aquella prensa la empezó un mes después de salir a la calle, cuando inició una serie de reportajes titulados genéricamente, como una serie, “Periódicos, políticos y periodistas”. Estaban dedicados cada uno a un periódico⁹. Eran textos sin firma pero, en apariencia, bien elaborados y rigurosos. Al menos están llenos de datos para contar las vicisitudes de los periódicos y de los periodistas.

La serie iniciada¹⁰ nos ilustra hoy no solo de las tareas habituales, también del pluriempleo de los periodistas. Su aportación es especialmente interesante por lo que tiene de observatorio de la situación de la profesión. Independientemente de la crítica del periódico pequeño, recién llegado, que se quiere hacer un hueco aun enfrentándose a sus mayores, esa serie de reportajes nos muestran incluso las maneras que tenían de financiarse, los periódicos y los periodistas. Una muestra: *El Imparcial* instauró un nuevo y particular sistema de ingresos para sus redactores. Destacaba a enviados del periódico a provincias con el encargo de escribir sobre los progresos y avances de las industrias, las artes y las ciencias. Puros publirreportajes de los que se aprovechaban la empresa y el trabajador: Cobraban a 5 pesetas la línea y el redactor se llevaba el 20 por ciento. La empresa representada, o citada, pagaba y el lector pensaba que le estaban proporcionando noticias de actualidad.

⁹ Empezó por *El Imparcial*, el 9 de mayo, siguió con *El Liberal*, después vendrían *El Globo*, *La Época*, *El País* y el *Heraldo de Madrid*, los grandes periódicos generalistas de aquellos años.

¹⁰ Los reportajes, publicados entre mayo y junio de 1901, se ocupaban en exclusiva de una cabecera, con aspiración de explicar todos los ángulos.

Muchos de los redactores de los periódicos se sacaban un extra también creando ellos mismos un servicio de noticias telegráficas para los periódicos de provincias. Cuando *El Evangelio* cuenta la situación de *El Globo*, en la edición del 6 de junio, expone la relación empresarial del periódico: “En donde se escribe, aunque a la fuerza, por amor al arte”. Habla de su director, Francos Rodríguez, y nos descubre que como director estaba mal retribuido, pero en cambio tenía interesantes compensaciones en concepto de consejero de los tranvías “y las tendrá como subsecretario de algún ministerio”. Algo muy habitual en el periodismo y entre los periodistas importantes. O había fondo de reptiles o retribuciones ajenas a su dedicación profesional.

En cuanto a remuneraciones, ponía de ejemplo el caso de plumas brillantes como Manuel Bueno o Navarro Ledesma, que recibían como sueldo ocho o diez duros mensuales, y “a los demás redactores les dan las gracias”. Pero les retribuía el conde de Romanones, el dueño del periódico, con las llamadas alcaldías de barrio, plazas de temporeros o gratificaciones de material.

Muchos de los asuntos pendientes que planteaba en 1901 *El Evangelio*, como la precariedad laboral, la inseguridad, la dependencia de un grupo de presión, están hoy por resolver, con lo que sus planteamientos resultan de una actualidad asombrosa. Una preocupación moral y social, ética y estética, que se repite desde el principio hasta el final de la historia del periódico.

Ya en su primer número publica un artículo titulado ‘El sacerdocio de la prensa’, en el que mostraba clara conciencia de la dignidad de la profesión y se preguntaba si el lector podría distinguir si la noticia estaba escrita por el redactor o “enviada a las cajas por el administrador del periódico que la cobró a cinco pesetas”.

“Con la invención del anuncio y con el abuso del reclamo se convirtió el sacerdocio en fariseísmo, sumiendo al lector en un mar de confusiones. Y el afán de lucro convierte a los periodistas en esclavos de las empresas que imponen, por negocio o por política, sus opiniones o consignas. Y así van saliendo a la calle periódicos repletos de bombos e injusticias, afirmando que son éxitos obras silbadas, que son genios autores no leídos, que son artistas comiquillos de la lengua, que son grandes estadistas políticos que nos llevaron al desastre”.

No ocultaba *El Evangelio* sus preferencias, sus filias y sus fobias por los colegas. Afirmaba un texto sin firmar que a diario surgía en los periódicos “Temas graciosísimos para el valiente y sin par Gedeón, que hasta el momento presente es el único periódico independiente que circula en España”¹¹. Y hace autocrítica el autor del artículo cuando asegura que “ya que tanto clamamos a diario contra la decadencia social de España, cuando el país está sediento de regeneración, es necesario que demos ejemplo los periodistas”.

¹¹ Así se expresa en texto sin firma del 22 de abril de 1901. Se refiriere a la revista satírica Gedeón, dirigida por el periodista y autor teatral Antonio Palomero.

Para el periódico los caciques lo dominaban todo y por tanto también amordazaban a la prensa, pero esta era muy responsable de la situación: “no hay nada más despreciable que los periodistas que venden su pluma”¹².

El Evangelio disparaba contra los caciques, contra la Iglesia y los militares, como veremos, contra los grupos de presión, y también contra las empresas periodísticas, que a veces eran la misma cosa, de modo que hablaba en un texto del 4 de mayo de “los periódicos de las cuatro caras”. En referencia a las habituales cuatro páginas de la mayoría de los periódicos escribía: “Defienden la moral en la primera cara y anuncian la inmoralidad en la última”.

Seguramente por eso emprendió la campaña que Julio Colomer Casanova (1967: 14)¹³ considera “arriesgada: el careo con cada uno de los periódicos que se editaban en la capital. Sección con la que se propone hurgar en las entrañas y trastien- das de sus colegas”.

Campaña, ajuste de cuentas o análisis, es hoy la de *El Evangelio* una interesante aproximación a la prensa y al trabajo de los periodistas de los primeros años del siglo XX. Todos los reportajes de esa serie eran textos sin firmar, muy informativos, fieles al compromiso de decir la verdad, que se publicaron a lo largo del mes de mayo y una parte del de junio de 1901. Repasaban la prensa no sabemos si con valentía o irresponsabilidad, pero desde luego sin dolerse en prendas. En su revisión crítica aparecían los logros y las carencias, sobre todo estas últimas, de los principales periódicos, señalando tanto la tendencia ideológica y empresarial de cada uno como apuntando lo que cobraban redactores y colaboradores, o descubriendo de dónde y cómo sacaban las información.

Bajo el título común ‘Periódicos, políticos y periodistas’ examinó la vida íntima de la prensa madrileña. Hoy un testimonio vivo, una fuente inmejorable para los estudiosos de la historia del periodismo en España. En algunos casos, la única fuente. Y entre burlas, ironías y denuncias nos deja detalles que demuestran cómo era la prensa, cómo se hacía el periodismo y también cómo estaban considerados sus redactores y colaboradores.

Por *El Evangelio* podemos saber hoy que *El Imparcial* era el periódico que retribuía “con mayor esplendidez a sus redactores y en él no se admiten meritorios”. Los sueldos iban desde “los 50.000 reales que cobra el director, a los 8.000 del último redactor”, pero lo más importante seguramente era que “su administración suele adelantar los sueldos cuando las necesidades apremian”. En cuanto a la línea política, ahí no era precisamente independiente, añadía con sorna, “pero qué vamos a esperar, estamos en España”.

De *El Liberal*, el 16 de mayo, decía: “No sabemos si el periódico de la calle del Turco es el de mayor circulación en España, como anuncia pomposamente a la cabeza de todos sus números, pero sí sabemos que es el de menor lectura, por sus re-

¹² El ejemplar del 27 de abril de 1901.

¹³ Colomer Casanova, Julio, periodista, escribió como trabajo fin de curso de la Escuela de periodismo *El Evangelio*, periódico para rebeldes. Uno de los pocos estudios hechos sobre este periódico de manera exhaustiva.

clamos industriales”. Se referían a la gran cantidad de anuncios publicitarios que acogía en sus páginas. Afirma que lo hacían catorce redactores que cobraban 4, 6, 8, 10 y 12.000 reales y añadía: “Es largo en el cobro de anuncios y corto en el pago a sus colaboradores redactores, a los cuales prohíbe ser empleados del Estado”.

De *La Época*, decano de los periódicos madrileños, afirmaba que al ser tan vieja, “conoce a la perfección las marrullerías del periodismo, esas marrullerías que permiten echar a la calle contando una miseria y produciendo una renta saneadita”. Y también que “ahí no se puede buscar conciencia política porque no la tiene” y que los redactores, muchos meritorios, cobran 10, 15, 20 y 25 duros al mes, y como compensación obtenían destinos públicos.

De *El Heraldo de Madrid*, escribía: “Es democrático a marcha martillo y todo lo independiente que puede ser dentro de su canalejismo”. También dedicaba juicios a su director y sobre algunos de los colaboradores más brillantes: “Lo dirige Kasabal, mejor cronista que Fernán Flor, pero no tan buen director como Figueroa. Adolfo Luna llenaría columnas, si le dejaran, con su brillante pluma”. No dejaba tampoco de analizar costes y pagos: “La empresa paga bastante bien a sus redactores”. Y añadía un detalle que decía mucho de la financiación de la prensa y de los contenidos: “Empieza El Heraldo a abusar más de lo debido del reclamo en páginas de lectura”.

Sobre *El Globo* escribía: “Romanones compró *El Globo* como se compra una finca de utilidad y recreo, y como a finca administra”. Aseguraba *El Evangelio* que era el periódico que retrataba con mayor fidelidad a la prensa política, “en donde se escribe, aunque a la fuerza, por amor al arte. Plumillas brillantes reciben como remuneración ocho o diez duros mensuales, a los demás redactores y colaboradores les dan las gracias”. A lo que se ve, una manera de trabajar tan precaria como la actual. Como si no hubieran pasado cien años largos. Aseguraba el autor o autores del reportaje que a los que no cobraban o cobraban poco Romanones les compensaba con puestos políticos o empleos fantasmas.

7. La verdad periodística y las fuentes

El ejercicio del periodismo, su moralidad, la defensa de la independencia o el compromiso con contar lo que pasaba están presentes en cada edición, como si se tratara de una bandera a la que defender. Por su intención, su redacción, su responsabilidad, su espíritu y su contenido, muchos de sus artículos podrían ser suscritos en la actualidad. Independientemente de sus contradicciones, de su corta y poco trascendental trayectoria, algunos de sus textos anónimos merecen un hueco en los manuales de periodismo. Es el caso del que se puede leer en el número del 28 de septiembre de 1901, en la segunda página, titulado ‘La verdad periodística y las informaciones oficiosas’. Aparece sin firma, y dice: “Como la mayor parte de los redactores de los grandes periódicos hacen su información preguntando en los ministerios, resulta que casi todas sus noticias son oficiosas y por consiguiente falsas”.

Critica sin medias tintas la ausencia de fuentes fiables, el periodismo manipulado, sesgado, interesado y vocero del gobierno y de los intereses de los poderosos. Es cierto que su lenguaje era a veces grandilocuente, su actitud política en cierto modo pueril y maniquea y sus reivindicaciones algo ingenuas en ocasiones, pero los periodistas que hacían *El Evangelio* muestran una forma de trabajar, de investigar, de contar, de descubrir y de denunciar los males de la sociedad que les tocó vivir que constituye toda una lección para gran parte del periodismo de hoy.

Pero encontramos en las páginas que se conservan en al Hemeroteca Nacional o en la Municipal todavía más signos de modernidad periodística. Hacían en cada número un seguimiento de personajes conocidos, de sagas familiares o de grandes fortunas, como por ejemplo Los Larios¹⁴. Hacían un recorrido por su biografía, tanto genealógico como económico, geográfico y político y contextualizaban su categoría. Todo un alarde de periodismo de investigación, en el que se ponían en práctica los nuevos géneros, el perfil y la crónica. De modo que en su haber pionero hay que apuntar el señalamiento del publlirreportaje y su diferenciación con la verdadera información, la investigación y la búsqueda de fuentes diferentes a las oficiales.

Otra particularidad de su lenguaje, en periódico tan radical y bohemio, probablemente el más anticlerical de todos, es que está lleno de alusiones religiosas, de giros místicos, de adjetivos espirituales. Desde su título hasta su lema, “El compromiso con la verdad”, pero también su apuestas éticas, contra “Las inmoralidades” y los “fariseísmos”. Llega a ensayar figuras como “los periodistas somos apóstoles sin altar, los mártires sin cielo”, o “los políticos son ídolos de barro”, “la prensa es un sacerdocio”. Recurre continuamente a símiles religiosos, los textos están sembrados de adjetivos que tienen que ver con el culto o el fervor o la fe o la soberbia, o la caridad....hace un empleo abundante de frases bíblicas y citas evangélicas,

En las noticias y artículos se pueden encontrar tantos elementos críticos contra la Iglesia Católica como comparaciones o menciones recurrentes y simbólicas a Dios, Cristo, el paraíso, los santos, el infierno, los jesuitas. Expresiones cuando menos paradójicas en un periódico radical, laico, anticlerical y rebelde. Si bien, como apunta Colomer (1967: 19) que a “pesar de los aires anticlericales que empapan sus páginas y sus escasos amores eclesiásticos, no es el anticlericalismo la nota determinante del periódico”

Los ejemplares que se conservan indican que pesaba más la apuesta por el periodismo y su defensa de los periodistas y del buen hacer periodístico. Su obsesión anticlerical no era mayor que su fijación con la corrupción de los políticos, los generales que fracasaron en Cuba y Filipinas o el pesimismo y el caciquismo que se dio en la España de la Restauración. Para el periódico España no tenía políticos, sino politicastro, no tenía mandatarios sino caciques, los puestos políticos no estaban “ocupados por gente preparada sino por yernos (el yernismo) aupados a la sombra del cacique autoritario y manipulador”¹⁵.

¹⁴ Publicado el 27 septiembre de 1901.

¹⁵ Publicado en el número del 29 de mayo.

Le dolía España como a todos los hombres del 98, generación a la que pertenecían los periodistas que hacía el periódico, y denunciaba un horizonte político desolador. Consideraba que las elecciones estaban amañadas y triunfaba “el yernismo, la garrulería y la minoría de edad”. Lo que le llevaba a pintar un país decadente, en el que ni la gran derrota del desastre colonial lograba mover las conciencias, al contrario, cada vez más hundido y con un panorama tan negro que proponía a sus lectores, el 29 de mayo, una disyuntiva poco periodística: “De seguir así las cosas, no nos van a quedar más que dos caminos, o el del trabuco o el del serrallo. O la virilidad del revolucionario o la sumisión del eunuco. ¿Quieren elegir nuestros lectores? Nosotros optamos por el trabuco”.

Denunciaba que el gobierno, que presidía Sagasta y dirigía Segismundo Moret, usaba medios ocultos para comprar votos. Este era uno de sus más encarnizados enemigos, por considerarlo el inventor de un término que entendía entonces todo el mundo por la máxima expresión de la corrupción y la componenda, el “yernismo”. A la par en cuanto a simpatías con el general Valeriano Weyler, a quien acusaban del arrinconamiento y abandono del ejército, tras su fracaso en Cuba. Y junto al Gobierno de la Nación, y el Parlamento y sus malos modos se llevaban buena parte de las críticas. Escribía el 9 de mayo:

“No nos gobiernan hombres de Estado, hombres políticos, hombres que hayan dedicado las iniciativas de sus talentos a ponerlos al servicio de la patria. Nos gobiernan negociantes, Buscad y encontrareis yernos a montones, y hermanos y sobrinos y socios y paniaguados de los Ministerios”

Pero aún más si cabe atacaban al Senado al que acusaban de “Despotismo teocrático y militar” en la edición del 29 de mayo de 1902. Consideraba el periódico que

(...) al Senado van las momias ya inválidas para la lucha y los diputados sin distrito que festejan con banquetes a los jefes de partido, y los diputados que ceden sus actas de paniaguados de los ministros a cambio de la cómoda senaduría y todo ese linaje interminable de prohombres que no piensan ni hablan, pero que votan con quien los mande votar”.

8. El espíritu del 98

Por si queda alguna duda de la dirección de sus ‘enemigos’ consideraba *El Evangelio* que la culpa de la decadencia del país estaba repartida de esta manera: el cincuenta por ciento de la parálisis moral que España padecía se debía a los ‘politicastros’, de los que no espera nada “y que tanto contribuyen a las elecciones amañadas”; el otro cincuenta por ciento es patrimonio de los generales, “Cuba se perdió por ellos y, una vez regresados cabizbajos a la patria, siguen destruyendo lo que tocan”¹⁶. Así que los claros blancos de sus dardos eran los militares de la guerra de Cuba que siguieron mandando tras su fracaso, los políticos que no velaban por el bien de la patria, el clero, sobre todo los jesuitas, y la prensa. No siempre por este orden.

¹⁶ Publicado el 16 de mayo.

Su radicalismo y combatividad le valieron amenazas, imputaciones y juicios. No sólo sufrió denuncias y procesos, además, una larga suspensión que acabó con él, de mayo a julio de 1902. Pero antes de eso le llovieron multas, intimidaciones e incluso atentados. Ya en el número 5 denunciaron en el mismo periódico un ataque a mano armada perpetrado contra su director. Al narrar el atentado unían querrela y humor, lo que también da otra muestra de su estilo: “Recomendamos a los que envían visitas nocturnas en Recoletos al director de *El Evangelio* que elijan gente más decidida que la que le visitó la noche del 10 de mayo. Los del día 10 debían estar mal pagados, pues corrieron. Hay que pagar mejor”.

9. Conclusiones

La principal tal vez sea constatar que un periódico menor, de corta vida, radical y para algunos considerado poco más que un panfleto, aportó enseñanzas en la práctica del periodismo que pueden seguir sirviendo hoy. La búsqueda de la verdad, la independencia, la comprobación de las fuentes y la vigilancia de la acción del gobierno a los que animaba *El Evangelio* figuran hoy en todos los manuales de estilo de los diferentes medios de comunicación.

A ello hay que añadir el contexto histórico en el que nació y desarrolló su corta vida, en plena depresión del cambio de siglo. Tras el desastre del 98, constató como el resto de buena parte de la prensa y de los intelectuales la fría, triste y cruel realidad española y apostó firmemente por la regeneración.

Y se han de tener en cuenta las firmas que logró juntar entre sus páginas, como colaboradores habituales o como meros apoyos puntuales. La flor y nata del periodismo escribió en sus páginas, así como la mayoría de quienes apenas unos años después formarían la prestigiosa Generación del 98.

De manera que *El Evangelio* aporta a la historia del periodismo español un posicionamiento, unas enseñanzas y unos protagonismos dignos de aparecer tanto en los manuales teóricos como en los historiográficos.

A pesar de lo poco que se ha estudiado, de su papel testimonial en los estudios de Gómez Aparicio, Cruz Seoane, podemos concluir que estuvo hecho por periodistas de prestigio, que rápidamente serían importantes en otros periodismo mayores.

Que el hecho de ser gratuito durante un tiempo constituyó otra novedad importante en los tiempos en los que se empezaba a contemplar con hechos la profesionalización de un oficio que caminaba entre lo literario y lo artesanal pero con clara apuesta por buscar al lector.

Posiblemente quiso competir con los grandes periódicos desde la crítica, pero en el análisis de sus páginas y textos se observa la continua búsqueda del espacio para la argumentación pero sobre todo para la descripción y el dato. De manera que nos deja testimonio fehaciente de cómo era aquella prensa, lejos de interpretaciones posteriores. Es cierto que fue fustigador y en ocasiones maniqueo en su lenguaje, pero su exposición y teoría sirven hoy como enseñanzas.

En julio de 1902 se pierde definitivamente la pista de un periódico que reivindicó, defendió y apostó por el periodismo. Una publicación de nombre dogmático, a veces pueril en sus denuncias pero que predicó en cada número contra la manipulación política y económica de la prensa, pero también por la dignificación de la profesión y contra la explotación del periodista.

Afirma hoy Carmen del Riego, presidenta de la Asociación de la Prensa de Madrid, que “Es bueno que los ciudadanos sean críticos con los medios de comunicación para que los profesionales recobren la credibilidad con periodismo de verdad, no con propaganda”¹⁷ Exactamente lo que se leía en *El Evangelio*.

Diferenciar anuncios de información, señalar a los políticos corruptos o aprovechados por cercanía o parentesco con el partido gobernante, perseguir la verdad, escribir no solamente con corrección sino buscando la brillantez, denunciar los precarios sueldos de los periodistas, eran las bases inexcusables de un periódico de cuatro páginas hecho por un puñado de gacetilleros en el primer año del siglo XX. Esa también es novedad sorprendente ante el estado de la prensa de principios del siglo XX, tal y como hemos conocido por los historiadores.

Del estudio de *El Evangelio* sacamos enseñanzas, tanto de sus rutinas como de sus condiciones. Igualmente es notable que hable en 1901 de pruebas, de la necesidad de comprobar los hechos. En un texto del 4 de mayo se definía como “la protesta contra todo lo podrido”, pero el 27 de abril ya se había comprometido a investigar y publicar cuantas quejas se le enviaran, pero afirmando con claridad que “necesita pruebas, ya que este periódico no es un libelo”. De hecho muchas de sus apuestas periodísticas partieron de denuncias, parece que probadas, de lectores.

No ocupa casi espacio en las historias del periodismo de fin de siglo, apenas es nombrado por algunas como periódico rebelde, radical, anticlerical o bohemio, y su lenguaje a veces pomposo también le hace un flaco favor porque le minan su importancia y trascendencia.

Pero a pesar de tener una corta vida, la tuvo intensa. Y no lo fue sólo por los procesos, las multas y las prohibiciones, también por las plumas que acogió en sus páginas y por su actitud vigilante. Dio tantas lecciones como mandobles y abrió caminos a una profesión que daba los primeros pasos. Uno de ellos fue reivindicar el periodismo en su esencia, vigilar que se ejerza con brillo y sembrar unas maneras de hacer, una metodología, que serían recogidas en manuales como el de Rafael Mainar¹⁸.

Llegó para llenar un hueco, con pocas ambiciones tipográficas y muchas periodísticas, y para contribuir a la regeneración política.

¹⁷ Entrevista realizada por la Agencia EFE, el 23 de septiembre de 2013.

¹⁸ Rafael Mainar publicó su acertado y útil *El arte del periodista* en 1906.

Algunas de sus intenciones confesadas fueron recogidas en manuales posteriores, prácticas que no siempre cumplían sus coetáneos: Separar anuncios y publirreportajes de información, reclamar el uso de fuentes fiables, exigir un estilo brillante, reivindicar un salario digno para los periodistas en 1901 es adelantarse más de un siglo a las necesidades de hoy. Acaso por eso no está en todas las referencias bibliográficas teóricas pero sí es citado en las memorias, biografías y obras de ficción del momento. Un ejemplo es su presencia en *La novela de un literato*, de Rafael Cansinos Assens, por donde pasa la vida y milagros de buena parte de los colaboradores de *El Evangelio*.

El hecho de que escribieran en él algunas de las mejores firmas del momento, seguramente merece más importancia de la que le otorgan los historiadores. La serie de reportajes donde analiza a los principales periódicos y sus redacciones, constituyen una fuente valiosa para entender hoy cómo trabajaban los periodistas y periódicos de entonces.

Referencias bibliográficas

Baroja, P. (2006): *Memorias. Desde la última vuelta del camino, II. Galería de tipos de la época*. Barcelona: Tusquets.

Bleiberg, G. (1948): *Algunas revistas literarias hacia 1898*, *Revista Arbor*, n. 36.

Calvo, C. (1998): *La cara oculta del 98. Místicos e intelectuales en la España de fin de siglo (1895-1902)*. Madrid: Cátedra.

Cansinos Assens, R. (2009): *La novela de un literato, I II, III*. Madrid: Alianza Editorial.

Celma Valero, M^a P. (1991): *Literatura y periodismo en las revistas de Fin de Siglo. Estudio de Índices (1888-1907)*. Madrid: Ed. Júcar.

Celma Valero, M^a P. (1989): *La pluma ante el espejo (Visión autocrítica del “fin de siglo”, 1888-1907)*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca.

Celma Valero, M^a P. (1990): *Caras y máscaras de 1900. Siluetas literarias*. Valladolid: Difácil Editores.

Colomer Casanova, J. (1967): *El Evangelio, periódico para rebeldes*. Madrid: Escuela Oficial de Periodismo.

Desvois, J. M. (1977): *La prensa en España 1900-1931*. Madrid: Ed. Siglo XXI.

Esteban, J. (2004): “Luis de Tapia (Madrid, 1871 - Valencia, 1937)”, *Política*, n. 51, enero-febrero 2004. Disponible en: <http://www.izqrepublicana.es/documentacion/personaje.php?p=49>. [Consultado el 01/12/2014].

Fernández Almagro, M. (1969): *Historia política de la España Contemporánea*. Madrid: Alianza Editorial.

Fuentes, J. E., y Fernández Sebastián, J. (1997): *Historia del Periodismo Español*. Madrid: Ed. Síntesis.

Galeote, M. (2006): “Cristóbal de Castro, corresponsal en la guerra ruso-japonesa (1904): acercamiento preliminar”, en Cruz Casado, A. (2006): *Bohemios, raros y olvidados*. Córdoba: Diputación Provincial / Ayuntamiento de Lucena, pp. 205-264.

- Gómez Aparicio, P. (1971): *Historia del periodismo español, de la revolución de septiembre al desastre colonial*. Editora Nacional.
- Gómez Carrillo, E. (1919): *En plena bohemia. Libro 2º Treinta años de mi vida*. Madrid: Mundo latino.
- López Ruiz, J. M. (2006): *Un siglo de risas. 100 años de prensa de humor en España, 1901-2000*. Madrid: Libris.
- Mainar, R. (2005): *El arte del periodista*. Barcelona: Destino.
- Mori, A. (1943): *La prensa española de nuestro tiempo*. México: Ediciones Mensaje.
- Martínez Olmedilla, A. (1965): *Periódicos de Madrid: anecdotario, El imparcial, El Liberal, La Época, Heraldo de Madrid, La Correspondencia de España*. Madrid: Aumarol.
- Martínez Martín, J. A. (2009): *Vivir de la pluma, La profesionalización del escritor, 1836-1936*. Madrid: Ed. Marcial Pons.
- Mendaro, E. (1958): *Recuerdos de un periodista de principio de siglo*. Madrid: Editorial Prensa Española.
- Mendaro, E. (1955): “Los periódicos. Recuerdos de un periodista de principio de siglo”, *ABC*, 28 de agosto, p. 22.
- Seoane, M. C. y Sainz, M. D. (1996): *Historia del periodismo en España. El siglo XX: 1898-1936*. Madrid: Alianza Editorial.
- (1933): *Catálogo de las publicaciones periódicas madrileñas existentes en la hemeroteca municipal de Madrid, 1661-1930*. Madrid: Artes gráficas municipales.